

19. EL RICO EPULÓN Y LÁZARO EL POBRE

Introducción. Rico y pobre son adjetivos humanos. ¿Quién le pone precio a las cosas?, ¿Por qué el oro es considerado un metal noble y la arena de mar algo que no vale nada? El valor de las cosas depende de la necesidad que tenemos de ella. Sacos llenos de arena de playa pueden ser valiosísimos cuando el clima amenaza con una DANA y los podemos usar para que sirvan de diques que impidan las inundaciones de las plantas bajas de una casa cerca del río. Es importante descubrir que el valor de las cosas depende de si las valoramos con los criterios del mercado, o si los miramos con la mirada de Dios. Todo lo creado procede de nuestro Dios y es gratis. **«Llenad la tierra y sometedla» (Gn 1,28)**, nos recuerda el libro del Génesis. Todo es de todos, lo que sucede es que, si olvidamos el bien común y nos dejamos llevar por el gran pecado de la avaricia, del egoísmo, de la posesión desmedida, de la acumulación de recursos para el uso privado y privilegiado de una minoría, lo que acontece es la injusticia. Los listos acumulan riquezas, los pobres carecen de lo necesario para vivir. Y nosotros creemos en un Dios que hace una opción radical por los pobres. Y no me estoy refiriendo a lo económico, que es lo más visible y reconocible. Sino de la pobreza integral que es vivir en el aislamiento que es la esencia del mismo infierno.

Lo que Dios nos dice. *«Había un hombre rico que se vestía de púrpura y de lino y banqueteara cada día. Y un mendigo llamado Lázaro estaba echado en su portal, cubierto de llagas, y con ganas de saciarse de lo que caía de la mesa del rico. Y hasta los perros venían y le lamían las llagas. Sucedió que murió el mendigo, y fue llevado por los ángeles al seno de Abrahán. Murió también el rico y fue enterrado. Y, estando en el infierno, en medio de los tormentos, levantó los ojos y vio de lejos a Abrahán, y a Lázaro en su seno, y gritando, dijo: “Padre Abrahán, ten piedad de mí y manda a Lázaro que moje en agua la punta del dedo y me refresque la lengua, porque me torturan estas llamas”. Pero Abrahán le dijo: “Hijo, recuerda que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro, a su vez, males: por eso ahora él es aquí consolado, mientras que tú eres atormentado. Y, además, entre nosotros y vosotros se abre un abismo inmenso, para que los que quieran cruzar desde aquí hacia vosotros no puedan hacerlo, ni tampoco pasar de ahí hasta nosotros”. Él dijo: “Te ruego, entonces, padre, que le mandes a casa de mi padre, pues tengo cinco hermanos: que les dé testimonio de estas cosas, no sea que también ellos vengán a este lugar de tormento”. Abrahán le dice: “Tienen a Moisés y a los profetas: que los escuchen”. Pero él le dijo: “No, padre Abrahán. Pero si un muerto va a ellos, se arrepentirán”. Abrahán le dijo: “Si no escuchan a Moisés y a los profetas, no se convencerán ni, aunque resucite un muerto”» (Lc 16,19-30).*

Dos vidas frente a frente. Una es rica y celebra espléndidas y publicitadas fiestas. La segunda es pobre, lo sabe y mendiga. La primera vida está sola, no hay nadie con quien celebrar esa fiesta. El aislamiento es su infierno, el infierno es el aislamiento. La segunda vida, la pobre, la invisibilizada, es acompañada por unos perros que lamen sus heridas, que la reconocen y la acompañan. El rico no tiene nombre, el pobre sabemos que se llama Lázaro, el único nombre propio en todas las parábolas de Jesús. Entre un hombre y otro, se abre un abismo insalvable: el que va de la vida a la muerte, del estar dormido y aletargado y el despertar. El rico Epulón ha poseído toda clase de bienes: no ha hecho experiencia del vacío, de la necesidad, del depender de otros. Lázaro el pobre ha carecido de todo y por eso en la eternidad está capacitado para recibirlo todo. Cuando Jesús dice en las Bienaventuranzas: **«Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos» (Mt 5,3)**, está diciendo que somos felices cuando más reconocemos que todo lo recibimos, que somos pobres de una manera esencial. **«Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo volveré a él. El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó; bendito sea el nombre del Señor» (Job 1,21)**. Esa realidad que nos constituye es lo que nos hace verdaderamente ricos, porque nos capacita para recibirlo todo de Dios, inaugurando una experiencia de salvación que un rico se incapacita para vivir. Lázaro ha sufrido, tenía llagas, ha atravesado la sombra que lleva a la luz. El rico ha embotado su capacidad de asombro, solo ha festejado y satisfecho sus sentidos, pero ha sido ciego a los demás, los ha invisibilizado.

Como podemos vivirlo. Esta parábola incide en la inutilidad de los bienes materiales de cara a lo que de verdad importa que es el amor y el cariño que nos humaniza y nos diviniza. El lenguaje de Dios es el amor, y el que no ama, no sirve, no cuida de las necesidades de los otros no vive, no inaugura la relación con Dios que pasa por el amor a los hermanos. Este Lázaro, cubierto de llagas, nos recuerda demasiado a Jesús, humillado, azotado, olvidado y expulsado del banquete de los poderosos y ricos de este mundo. El rico tiene de todo y encima se queja.